

- Spillman, L. (2015), "Ghosts of Straw Men. A Reply to Lee and Martin", *American Journal of Cultural Sociology*, 3(3): 365-379.
- Strange, S. (2015), *States and Markets*, Londres, Bloomsbury Academic.
- Swidler, A. (2001), "Codes, Contexts, and Institutions", en *Talk of Love*, Chicago, University of Chicago Press: 160-180.
- Wuthnow, R. (1989), *Meaning and Moral Order. Explorations in Cultural Analysis* Berkeley, University of California Press.
- Zelizer, V. (1985), *Pricing the Priceless Child. The Changing Social Value of Children*, Princeton, Princeton University Press.

## 2. Tipos de microsociología

Claudio E. Benzecry

Daniel Winchester

*Una mujer entra en un bar...*

*Después de un largo día de trabajo, una mujer entra en un bar para tomar una copa. Camina hacia la larga fila de banquetas que están frente a la barra de caoba, toma asiento; enseguida la saluda un muchacho sonriente.*

*—¡Hola! ¿Qué puedo ofrecerte? —pregunta el encargado de la barra.*

*La mujer examina la carta de tragos un poco para ver los cócteles más exóticos del lugar, aunque luego se decide por un clásico Manhattan. El barman mezcla con gran habilidad el trago, agrega algunas florituras estéticas a la preparación para darle cierto efecto y sirve el cóctel a la clienta. Entonces, esta vuelve su atención a un televisor que hay encima de la barra para ver los resultados y lo más destacado de los partidos de básquet mientras disfruta de su bebida.*

*Un momento más tarde, la interrumpe inesperadamente el barman, con otro Manhattan que ha preparado.*

*—Cortesía del tipo de allá —le dice, señalando a otro cliente que sonríe y se acerca a la banqueta de la mujer. Mientras el cliente se acerca, la mujer desliza el trago hacia él.*

*—No, gracias —dice—. Puedo pagarme mis propios tragos.*

\* \* \*

"Una mujer entra en un bar" es un suceso tan habitual y, en apariencia, poco problemático que no requiere análisis sociológico alguno. Sin embargo, las diversas tradiciones de la microsociología nos enseñan que precisamente en el sondeo de las actividades que "naturalizamos" y que conforman la realidad de sentido común de la vida cotidiana podemos entender los mecanismos, conocimientos, técnicas y significados estratificados que constituyen lo social. A continuación, acompañamos al lector en un recorrido microsociológico por esta escena de bar cotidiana —a través de los enfoques de la interacción simbólica,

la etnometodología, la fenomenología y la dramaturgia-, con la intención de mostrar cómo los tipos de microsociología enmarcan y explican la forma en que esta escena que damos por descontada se logra activamente.

Estas corrientes tienen algunos enemigos en común y muchos intereses compartidos. Todas procuran ir más allá de la epistemología como un esfuerzo filosófico hacia un enfoque empírico, y ninguna se pregunta cómo es el mundo, sino cómo está construido (y cómo ha llegado a ser, en parte como consecuencia de estas construcciones). Se las ha agrupado, en cierta medida debido al espacio asignado dentro de la formación teórica contemporánea que tiende a eludir las variaciones y, en cambio, se centra en lo que tienen en común, en especial en oposición a las grandes teorías o teorías generales. Esto tiene dos consecuencias para el argumento que presentamos. En primer lugar, que dediquemos la primera parte del capítulo a trazar el mapa de las diferentes escuelas que componen este campo llamado "microsociología". En segundo lugar, que la ambigüedad sobre lo que realmente constituye lo "micro" y la "teoría" ha contribuido a generar encuentros intelectuales inesperados y argumentos innovadores que iluminan aún más la vida social. A veces la falta de claridad sobre lo que constituye la teoría sociológica es realmente productiva (sobre esto, véase Perrin, 2014). En el encuentro aleatorio de ideas que compiten entre sí acerca del modo en que el microorden estructura la realidad y la manera de estudiarlo, las diferentes versiones se han visto involucradas en intercambios productivos. La segunda parte del capítulo está dedicada a documentar las líneas de comunicación y la tensión en la forma en que los autores contemporáneos han mejorado, ampliado o desafiado y reconfigurado la obra fundacional.

Comenzamos donde se detuvo el libro de Giddens y Turner (véanse Gross, 2007; Heritage, 1987; Joas, 1987), evaluando los tipos fundamentales de microsociología –la interacción simbólica, la etnometodología, la fenomenología y la dramaturgia-, pero luego pasamos a desarrollos más contemporáneos. Un aspecto central de todos los programas microteóricos es la afirmación de que el orden social se sostiene moralmente, se organiza y se logra a escala microsocial. Sin embargo, también hay diferencias importantes en cómo se conceptualiza este trabajo de ordenamiento. En este capítulo, examinamos los conceptos centrales (por ejemplo, las situaciones, los proyectos, el orden de la interacción) asociados con cada escuela, y exploramos las semejanzas, las diferencias y las potenciales tensiones en las formas en que cada uno de los enfoques fundamentales entiende lo que constituye el micromundo y cómo cada perspectiva revela, en y a través de un análisis minucioso de escenas

cotidianas, la constitución de lo que podríamos llamar "microontologías". Luego mostramos cómo esos programas se han recombinado en una serie de enfoques más contemporáneos (por ejemplo, la etnografía institucional, las cadenas de rituales de interacción, los mundos sociales, la sociología grupal, los estudios de laboratorio) que, entre otros avances, incluyen cada vez más la integración de los microórdenes con los mesoórdenes o macroórdenes como una parte clave de sus agendas teóricas. Concluimos preguntándonos qué tienen para decir estos tipos de microsociología sobre una de las temáticas centrales de este libro: la producción de conocimiento.

Ahora volvamos al bar...

## LA SOCIOLOGÍA EN LO MICRO

### EL INTERACCIONISMO SIMBÓLICO

#### (LOS SIGNIFICADOS DE UN MANHATTAN)

El interaccionismo simbólico, posiblemente el tipo de microsociología al que se hace referencia más habitualmente en las clases introductorias de sociología, será el primero en nuestro recorrido por las diversas microsociologías. Acuñada por el sociólogo de Chicago Herbert Blumer hace más de medio siglo, la perspectiva del interaccionismo simbólico derivó en gran medida de las ideas de los primeros pragmáticos estadounidenses como William James, John Dewey y, de manera más significativa, George Herbert Mead, así como de la influencia de los antepasados de Blumer de la escuela de Chicago: W. I. Thomas y Robert Park (Fine, 1995). De estas influencias, Blumer (1969: 2) obtuvo las tres premisas fundamentales del enfoque:

1. los seres humanos actúan frente a las cosas según el significado que esas cosas tengan para ellos;
2. estos significados no derivan de las cosas mismas, surgen de la interacción social con otras personas; y
3. estos significados se negocian y modifican a través de un proceso de interpretación en el cual el actor se comunica reflexivamente consigo mismo.

Para desentrañar estas premisas y analizar lo que sugieren sobre la fabricación de lo micro, consideremos una línea de interacción de nuestra escena hipotética del bar, a partir del momento en que el

barman informa a la clienta que otro cliente le ha comprado un trago. Como señalamos, la clienta rechaza el trago ofrecido, lo desliza hacia el otro cliente y le dice que ella puede comprarse sus propios tragos. Para un interaccionista, incluso esta breve interacción está llena de potencial simbólico, y los cursos de acción tomados por los personajes de nuestra historia dependen por completo de cómo los involucrados interpretaron y definieron su significado. Echemos un vistazo más de cerca.

En el contexto de esta interacción, el significado emergente del "trago" se transforma de un simple Manhattan en una invitación a flirtear con un desconocido, un intento de iniciar —en otras palabras— una nueva "definición de la situación" (Thomas, 1923) y, así, una nueva línea de acción conjunta entre nuestros dos clientes. Sin embargo, la forma en que prosiguió la interacción no solo dependió de esta transformación inicial del significado que pretendía el cliente, sino también de cómo la interpretó y redefinió posteriormente la clienta (la tercera premisa de Blumer). A partir de Mead (1934), Blumer (1969: 5) considera la interpretación una forma internalizada de interacción en la que el actor se comunica consigo mismo. Digamos que, al recibir el trago, la clienta interpreta esta acción como una imposición a sus planes anteriores (simplemente tomar algunas copas para distenderse a solas después del trabajo), que refuerza potencialmente lo que considera los roles problemáticos de género con respecto al sexo tanto como al poder económico. Para evitar que la situación se defina de esta manera, devuelve el trago al otro cliente y le explica que ella puede pagarse sus propios tragos, y así redefine la situación en términos que no conducen a la interacción de coqueteo esperada por el cliente.

Pero imaginemos que las cosas no terminan ahí. El cliente, al percibir que su comportamiento inicial no se interpretó como esperaba y para intentar redefinir la situación, se disculpa y, al ver que la mujer ha vuelto su atención a un partido en uno de los televisores, le pregunta si es aficionada al básquet. La clienta, a quien en efecto le gusta mucho el básquet, interpreta esto como una invitación más apropiada a una conversación basada en intereses compartidos y decide hablar sobre las posibilidades del equipo profesional local de llegar a los partidos de la fase eliminatoria del año siguiente. La situación se redefine entonces como una conversación entre pares sobre un interés mutuo en el básquet. Y la forma en que la interacción prosiga de aquí en más —si, por ejemplo, se restablece un contexto para un posible involucramiento romántico o sexual (y por parte de quién)— dependerá por completo de

si y cómo se producen de manera interactiva y se procesan de manera interpretativa los nuevos significados simbólicos.<sup>1</sup>

Para un interaccionista simbólico, la escena del bar —como el micro-mundo en general— es una esfera emergente y evolutiva de significado establecida y negociada a través de ciclos informados recíprocamente de interacción, generación de símbolos, e interpretación y definición.

#### LA FENOMENOLOGÍA (¿CÓMO SABEMOS SIQUIERA QUE ESTAMOS EN UN BAR?)

Otro tipo fundamental de microsociología es el enfoque fenomenológico iniciado por Alfred Schutz (1967; Schutz y Luckmann, 1973, 1989). Para los sociólogos fenomenológicos como Schutz, la pregunta esencial sobre el microorden es la siguiente: "¿Cómo la supuesta estructura de la vida cotidiana —o el 'mundo de la vida', en términos de Schutz— se constituye con actos de conciencia y por medio de estos?"<sup>2</sup> En otras palabras, ¿cómo se manifiesta o se "muestra" la estructura significativa de cualquier microescena en la experiencia vivida de los individuos que habitan en ella? ¿Y cómo estas experiencias profundamente subjetivas de la realidad social se vuelven intersubjetivas, es decir, compartidas con los demás?

Al igual que otros enfoques microsociológicos, la sociología fenomenológica centra la atención analítica en los aspectos de la vida cotidiana que damos por sentados y se pregunta de qué manera el mundo social se llega a experimentar como una realidad objetiva, duradera y compartida con los demás. Y también al igual que otros enfoques microsociológicos, supone que estos entendimientos compartidos y el carácter presupuesto del mundo social son logros de la construcción de sentido de los seres humanos. Sin embargo, en lugar de destacar la dinámica de la interac-

1 Por supuesto, este proceso interpretativo solo puede inferirse con métodos observacionales. Harían falta métodos de entrevista para comprender con mayor precisión la comunicación interiorizada que el individuo tenía consigo mismo. Sin embargo, para algunos propósitos de investigación, tal vez baste con simplemente saber que la definición inicial de la situación fue "anulada" con el rechazo del trago.

2 A lo largo de su carrera intelectual, el principal proyecto de Schutz fue aplicar a las ciencias sociales los conocimientos fenomenológicos fundamentales de Edmund Husserl, quien dio preeminencia a las estructuras invariables de la conciencia humana y la forma y la manera en que estas determinan los elementos de la realidad surgen o "aparecen" en la experiencia humana. Para Schutz, durante su vida entera la extensión de este enfoque a la sociología fue una reflexión sobre cómo las operaciones de la conciencia humana estructuran la realidad social.

ción situada (como en el interaccionismo simbólico) o las performances por las que los actores sociales establecen y manejan una impresión de sí mismos (como en la dramaturgia), la sociología fenomenológica se ocupa primero de la dinámica de la (inter)subjetividad humana. De hecho, quizá más que cualquier otro enfoque microsociológico, la fenomenología enfatiza la importancia de la perspectiva en primera persona (y la coordinación de múltiples perspectivas en primera persona) para entender el microorden.

Para los fenomenólogos que siguen la inspiración de Schutz, la primera pregunta que hay que hacer sobre un microorden es qué es lo que más se da por sentado. En otras palabras: qué elementos de esta porción de microrrealidad se deben tener en cuenta sin cuestionar para que la acción y la interacción ocurran. Para los sociólogos fenomenológicos, la *tipificación* (Schutz y Luckmann, 1973) quizá sea la más crucial de las operaciones mentales a partir de las cuales la conciencia constituye un mundo común de experiencia e (inter)acción. La tipificación es el proceso por el cual la conciencia divide y clasifica la realidad social en diferentes clases o tipos. En la tipificación, los actores sociales despliegan un arsenal de conocimientos prácticos en forma de máximas y recetas para dar sentido y navegar por el mundo con otros.

Pero volvamos a la escena del bar: un sociólogo fenomenológico señalaría que, al pedir un trago, un cliente no percibe a la persona detrás de la barra como un individuo singular, sino que enseguida experimenta e interactúa con él de una manera tipificada, es decir, como un ejemplo individual del tipo más grande conocido como “barman”, que preparará y servirá bebidas alcohólicas a sus clientes a cambio de dinero. Observemos: el cliente no solo experimenta al individuo detrás de la barra e interactúa con él como una persona típica, es decir, un encargado, sino que también le atribuye ciertas motivaciones típicas (que quiere hacer bien su trabajo y lo hace en gran parte para obtener un beneficio económico) y supone que este realizará las acciones típicas de acuerdo con esas motivaciones (preparará el trago y lo servirá a su tiempo). Por su parte, el barman también confronta conscientemente al individuo que pide un trago de una manera tipificada, como un ejemplo del tipo “cliente” que pedirá, consumirá y pagará los tragos coherentemente con ese tipo y le atribuirá algunas motivaciones típicas para hacerlo (por ejemplo, ahogar penas, relajarse, disfrutar de un estado de embriaguez, etc.). Además, tanto el barman como el cliente tipifican el entorno en que se desarrollan sus roles y acciones sociales tipificadas, es decir, el bar mismo:

Sin embargo, un análisis fenomenológico del bar no (o no necesariamente) termina ahí. Desde una perspectiva schutziana, al mismo tiempo

que la escena del bar es un mundo que la gente vivencia en común, en ella también hay una multiplicidad de significados dependientes del sujeto. El significado de un mundo microsocio no solo se constituye mediante un inventario presupuesto de conocimientos compartidos por todos los involucrados, sino que también se superpone con las biografías y *proyectos* históricamente situados de los actores sociales individuales (Schutz, 1967: 53-63). Los proyectos, según Schutz, son planes de acción motivados personalmente, extendidos en el tiempo y orientados hacia el futuro (véanse también Mische, 2008; Tavory y Eliasoph, 2013). Una vez que situemos también la conducta de los actores dentro de estos proyectos extendidos y más personales, podremos comprender plenamente el sentido de sus acciones y la forma en que el individuo experimenta el contexto de la acción (el micromundo).

Retomemos la escena del bar. Un sociólogo fenomenológico se preguntaría: “¿Cuál es el proyecto mayor para la clienta que entra en el bar y pide un trago? ¿Y qué hay del barman que prepara y sirve el trago? ¿Y el hombre que coquetea con la clienta?”, y así sucesivamente. Para la clienta, el acto de pedir el trago puede ser parte de un proyecto más extenso de relajarse –quizás incluso emborracharse– después de un día de trabajo particularmente agotador. Para el encargado de la barra, el acto de preparar y servir el trago puede ser parte de un proyecto más extenso de ganar dinero, obtener un ascenso o perfeccionar sus habilidades como trabajador. Para el cliente, el acto de coquetear puede ser parte de un proyecto de mayor alcance: encontrar compañía, tener un encuentro de sexo casual o aumentar la percepción de su propio atractivo sexual. En resumen, las acciones de nuestros actores dentro del bar son guiadas y cobran significado a través de lo que Schutz (1967: 86) llama las “motivaciones para” inherentes a sus proyectos (por ejemplo, voy al bar para emborracharme, para ganar dinero, para “enganchar” a alguien, etc.). Diversos proyectos impregnan las escenas sociales de lo que Schutz denomina los diferentes “sistemas de relevancia”, es decir, aquello que se “destaca” de manera significativa en una escena y los objetos que la componen.

Desde la perspectiva fenomenológica, el microorden existe en la intersección dinámica de proyectos subjetivos y comprensiones tipificadas intersubjetivamente. Al compartir un inventario común de conocimientos prácticos sobre la acción social en forma de tipificaciones, los actores sociales son capaces de coordinar intersubjetivamente sus proyectos de acción y crear congruencia entre sus diferentes sistemas de relevancia (Schutz y Luckmann, 1973). El bar se experimenta como un mundo para uno mismo y para los demás, una “provincia de significado” única en la

que pueden coexistir y fusionarse ciertas clases de proyectos típicos (relajarse después de un mal día en la oficina, prestar un servicio, intentar encontrar una cita o pareja sexual, etc.). Además, los proyectos subjetivos pueden desviarse y cambiar de acuerdo con las dinámicas intersubjetivas (por ejemplo, lo que inicialmente era un proyecto de emborracharse después del trabajo se convierte en un proyecto de ir a casa con alguien), y viceversa. El micromundo es una coordinación dinámica y multisistémica de experiencias subjetivas e intersubjetivas, que se logra en gran medida a través del inventario de conocimientos generales compartidos que los actores utilizan para comprender los proyectos de acción de otros y para organizar su propia conducta.

LA ETNOMETODOLOGÍA (¿DEBO PREGUNTAR “¿QUÉ PUEDO OFRECERTE?”) Inspirada en la sociología fenomenológica, la perspectiva de la etnometodología iniciada por Harold Garfinkel (1967, 2002) y elaborada, entre otros, por académicos como Harvey Sacks, Aaron Cicourel y Candace West, también se centra en los aspectos presupuestos de la vida social y se pregunta por el mecanismo con que los órdenes sociales se vivencian como realidades objetivas y con sentido común. Tomando en serio la afirmación de Émile Durkheim de que la sociología es el estudio de la realidad objetiva de los hechos sociales, los etnometodólogos se propusieron documentar —a menudo con detalles exasperantes— cómo se logra activamente este sentido de objetividad o de “hecho”. Al igual que los fenomenólogos, los etnometodólogos hacen hincapié en la importancia del conocimiento o la competencia de los actores sociales en la coordinación de sus actividades entre ellos.

En cambio, para Garfinkel y los etnometodólogos posteriores, la tipificación no era suficiente para explicar cómo se logra el orden social. Para esta corriente, la designación de lo “típico”, lo “normal” o lo “que se espera” de una persona, actividad, lugar, etc., debe hacerse en forma colectiva y depende de un conjunto más fundamental de competencias interactivas o formas de saber hacer. Más específicamente, los etnometodólogos sostienen que el orden social está creado de manera constante por un corpus compartido de prácticas sociales (o etnométodos) a través de las cuales los actores sociales constituyen incluso los aspectos más presupuestos de la situación en que operan. En términos más radicales, la situación o contexto social en sí mismo es, sencillamente, este trabajo continuo de los actores que hacen que sus acciones sean inteligibles o “explicables” entre sí como instancias de una clase típica de realidad ordenada. La etnometodología es precisamente el estudio de (-logía) las

prácticas cotidianas (*métodos*) de los miembros (*etno*-) para representar una realidad social que se da por sentada.

Sin duda, esto es difícil de entender en abstracto, ya que tendemos a experimentar nuestras acciones como si estuvieran ocurriendo en situaciones ya existentes, no como si las estuviéramos creando constantemente. Garfinkel (1967) era consciente de que la naturaleza de esta postura iba en contra de la intuición, y tal vez sea más conocido —al menos entre aquellos que hayan tomado una clase de introducción a la sociología— por hacer que sus estudiantes condujeran “experimentos de ruptura” con el objetivo de demostrar cómo las características de orden social que se dan por sentadas dependen por completo de los métodos que los miembros usan para hacer que ese contexto sea explicable (es decir, inteligible) entre unos y otros.

Así, imaginemos por un momento que la clienta de nuestra escena en el bar es en realidad una estudiante universitaria que se está entrenando en etnometodología. Con el objetivo de ayudar a hacer visible parte del trabajo que se realiza para proporcionar los antecedentes incuestionables para la acción, el tutor de la estudiante, inspirado por Garfinkel, le ha pedido a la joven que trastoque ciertos prejuicios asociados con el bar.

Al entrar en el establecimiento, la clienta/estudiante/etnometodóloga reacia camina hacia la barra y se sienta. El cantinero se le acerca y le dice:

—Hola. ¿Qué puedo ofrecerte?

En un tono serio, la clienta responde:

—Una gran bolsa de basura llena de billetes de cien dólares sin marcar.

El cantinero se ríe.

—Me temo que eso no está en el menú de hoy. ¿Quizás otra cosa?

—Bueno... una pena. Entonces, una Vespa. Quiero una Vespa.

—Me temo que no sé cómo preparar una de esas. ¿Lleva vodka?

—No, no. Me refiero a las motos italianas. Me encantaría subirme a una y dar una vuelta por este lugar.

—Mira, estoy seguro de que esto te parece divertido, pero tengo otros clientes aquí.

—¿Vas a darles motos también?

—¿Qué diablos te pasa? Solo pide algo para beber o vete de aquí.

—¡Ah, algo para beber! Bueno, ¿por qué no lo dijiste antes? Tomaré un expreso.

—Esto es un bar. No tenemos máquina de expreso. No puedo hacer café. Preparo tragos.

—No seas tan duro contigo. Estoy segura de que puedes hacer café si te lo propones.

—De acuerdo, eso es todo. Hasta aquí llegué. Vete de aquí, sabelotodo.

Después de agradecer al barman por considerarla inteligente, la clienta/estudiante se retira rápidamente para tomar notas de campo y evitar que la echen por la fuerza del bar.

A partir de este ejercicio, ¿qué podemos aprender sobre la construcción del orden social? En primer lugar, que en la vida cotidiana los actores sociales dependen de una gran cantidad de conocimientos contextuales tácitos para producir sentido y continuar con la vida. Cuando el barman pregunta “¿Qué puedo ofrecerte?”, la suposición contextual predominante que cualquier persona razonable compartiría es que la clase de respuestas significativas a tal pregunta solo incluye tragos, y no bolsas de dinero ni motos italianas. Pero curiosamente, el barman no especificó el significado de su pregunta como tal. La pregunta misma —“¿Qué puedo ofrecerte?”— podría referirse hipotéticamente a cualquier cantidad de objetos y servicios. Se trata de una pregunta terriblemente vaga en sí misma.

Para Garfinkel, precisamente este es el *quid*. En busca de construir y mantener el orden de la acción, los actores sociales recurren unos a otros y a sí mismos referenciando (y por lo tanto reconstituyendo continuamente) un marco de comprensión presupuesto a fin de comprender más que aquello que se dice de manera explícita. El marco práctico de la interacción —el ordenamiento secuencial de la acción en el aquí y ahora— más que las palabras explícitas, especifica los significados operativos. Así, mientras los interaccionistas simbólicos tienden a enfocarse en lo que está listo para ser interpretado dentro de un contexto específico, los etnometodólogos se enfocan en todas aquellas cosas que *no* están listas para ser interpretadas y que, de hecho, constituyen el contexto sobre el cual las cosas pueden llegar a definirse en primer lugar (véase Denzin, 1969).

Las respuestas secuenciales del cantinero a la ruptura de la clienta también son instructivas. Al principio, el barman se ríe y toma como una broma el pedido que hace la clienta de la bolsa de basura llena de dinero. Para Garfinkel, esto demuestra que los actores sociales están “engranados para” poner orden en el desorden potencial y, frente a los casos en que las conductas se salen de la línea de las expectativas presupuestas, “emparchan” con un nuevo contexto; por ejemplo, este no es un caso de pedido

legítimo de un trago, sino una broma. Al reírse antes de responder que las bolsas llenas de billetes de cien dólares no están en el menú del día, el barman no solo emparcha con contexto apropiado para la expresión de la clienta, sino que también hace observable para ella su propia comprensión competente de ese contexto (que, por supuesto, la clienta decide ignorar). De hecho, este ensamble de particularidades y generalidades, casos y tipos, es precisamente lo que interviene en la construcción del orden social, ya que los actores sociales están constantemente usando un polo (lo particular) para invocar otro (lo general), y viceversa. Esta cualidad de “bucle” en la que el contexto es a la vez un recurso presupuesto para los miembros y un resultado continuo de sus prácticas es lo que los etnometodólogos llaman “reflexividad” inherente y endémica de la acción.

Mediante esta acción, el cantinero intenta mantener ordenada la estructuración de la escena del bar. Pero nuestra clienta sencillamente no le sigue la corriente. Esto genera confusión, perplejidad y enojo, respuestas comunes a la mayoría de los infames experimentos de Garfinkel, si no a todos. A veces, la lectura superficial de estas reacciones sugiere que dicen algo sobre el poder de las normas sociales. Pero para los etnometodólogos, el problema no es tanto la violación de una norma, sino el impacto que la violación de las expectativas de trasfondo produce en el microorden. En efecto, la negativa de la clienta a conformarse origina una ruptura de las actividades de ordenamiento que proporcionan el escenario presupuesto de un bar: las identidades de sus habitantes y las conductas significativas que se supone que tienen lugar. Interrumpir la capacidad del cantinero de sencillamente “seguir” con la interacción es un rechazo de su estatus como productor competente y, por lo tanto, como miembro del orden social. El microorden también es un delicado *orden moral* construido sobre suposiciones muy fundamentales en términos de confianza, reciprocidad e inteligibilidad mutua. La imagen del micromundo aquí es la de un logro colectivo en curso, construido a través del conocimiento tácito, una confianza presupuesta en la competencia social de los demás y la secuencia ordenada de una práctica mutuamente explicable.

LA DRAMATURGIA (¡POR SUPUESTO QUE SE PREPARAR UN MANHATTAN!)

Un último enfoque microsociológico fundamental clave que debemos explicar es la perspectiva dramática de Erving Goffman. Basada menos en la construcción y aplicación de ciertas premisas teóricas y más en ilustrar —a través de una asombrosa multiplicidad de casos— las percepciones obtenidas al observar la interacción social a través de la metáfora del drama teatral, la dramaturgia de Goffman probablemente sea

el más impresionista de los enfoques fundamentales. Parafraseando a Shakespeare, Goffman considera que el micromundo se conceptualiza mejor como un escenario y los seres humanos como sus intérpretes, cada uno desempeñando varios roles.

Un aspecto central de la interacción social en la perspectiva dramaturgica es lo que Goffman (1959) llama "gestión de la impresión", que se refiere a las diversas maneras en que los actores sociales manejan la forma en que se presentan ante los demás para mantener una impresión deseable de sí mismos. Al igual que los interaccionistas simbólicos, Goffman considera al sí mismo un producto esencialmente social. Sin embargo, en vez de analizarlo como un espacio de interacción social internalizada (como hizo Blumer siguiendo a Mead), lo externaliza radicalmente y lo considera un resultado frágil de una representación multifacética que nunca estuvo por completo bajo el control del individuo. De hecho, los individuos dependen de factores contextuales supraindividuales para ensamblar sus representaciones de sí mismos, y fundamentalmente de las acciones y reacciones de los demás para que sus performances alcancen la "realización teatral", es decir, la ejecución exitosa de nuestra autorrepresentación del sí mismo. Si bien en la mayoría de los casos los actores sociales parecen realizar con éxito una impresión socialmente aceptable del sí mismo, esto siempre requiere una cantidad significativa de trabajo interactivo.

Para entender mejor lo que está en juego en el microdrama del sí mismo, volvamos otra vez al bar, ahora poniendo el foco en el cantinero. Desde el punto de vista dramaturgico, el cantinero debe reunir, de la mejor manera posible, las herramientas expresivas disponibles en el bar para lograr la impresión que desea como prestador competente de servicios. El elemento contextual más importante a su disposición es la barra, que proporciona "el escenario" para su interpretación. El propio Goffman hizo una distinción fundamental entre estar "entre bastidores" y en el "escenario", al designar conceptualmente aquellos espacios sociales en los que los actores manejan de forma activa las impresiones frente a los otros sociales (el escenario) y aquellos en los que están fuera del foco de atención, por así decirlo, pero a menudo preparándose para mostrarse frente al público (entre bastidores).

Imaginemos, por ejemplo, que nuestro barman está en la cocina, en la trastienda, un área común para los trabajadores de las industrias de alimentos y bebidas. Aquí, mientras conversa e intercambia bromas con sus compañeros de trabajo antes de comenzar su turno después de un fin de semana de tres días, se entera de que la gerencia del bar ha reorganizado por completo el área de la barra para adaptarla a una estética

más moderna. A minutos de comenzar su turno, el barman está furioso y angustiado porque no hubo aviso previo, ya que nota que los "accesorios" de su oficio —las botellas de licor, vino y cerveza; las guarniciones; los vasos; las tazas; las batidoras; los surtidores; etc.— no van a estar en su lugar habitual, y no tiene tiempo de averiguar dónde estarán.

El barman se apresura a salir a escena, barra de por medio, para comenzar su turno e intenta que su público —incluida nuestra clienta, que acaba de llegar a tomar un trago después de un largo día en la oficina— no vea su frustración. El profesional consumado, el encargado de la barra, sonríe y charla con sus clientes, toma pedidos y muestra una imagen avispada y un comportamiento despreocupado, elementos de lo que en términos dramaturgicos se denomina "un frente social". Al no mostrar su frustración en el escenario de las interacciones con los clientes (su público) y al presentar un frente profesionalizado de prestador de servicios, el barman también se está involucrando en lo que Goffman (1959: 35) llama "idealización", una performance que "incorpora y ejemplifica los valores de la sociedad acreditados oficialmente". Después de todo, a nadie le agrada un barman enojado, y, por experiencia propia, él sabe que actuar de la otra manera también tiende a dejarle mejores propinas.

Pero cuando el barman se propone hacer un Manhattan para nuestra clienta, empiezan a aparecer algunas grietas en el frente social. Dado que el gerente reorganizó su lugar de trabajo, el muchacho no sabe dónde están las botellas de whisky de centeno, los vasos para cócteles ni el vermut y los amargos. Mientras deambula por el bar en busca de estos elementos, su sonrisa se convierte en una mueca y se muestra confundido y frustrado. Advierte que su clienta lo está observando, y que nota la confusión y el cambio de comportamiento. Se esfuerza por volver a sonreír, se encoge de hombros y dice:

—Durante el fin de semana, los jefes cambiaron de lugar todas mis cosas. Los gerentes pueden ser realmente molestos, ¿verdad?

—Sí, por supuesto —responde nuestra clienta, procurando también ayudar al cantinero a mantener su actuación. Este intento colectivo de reparar situaciones vergonzosas o autodestructivas es lo que los dramaturgos denominan "trabajo de la cara" [*face work*].

Después de varios minutos de búsqueda, nuestro cantinero logra encontrar todos los elementos que necesita para preparar el cóctel, pero enseguida nota que sus otros clientes están cada vez más impacientes porque no han recibido sus tragos. Con frustración y desconcierto crecientes, intenta preparar el trago demasiado rápido y por accidente se le cae el vaso al suelo. Su frente social parece casi quebrado en este mo-

mento, y desafortunadamente para nuestro cantinero empieza una noche larga de trabajo de la cara.

Para los sociólogos dramaturgicos inspirados en Goffman, la escena del bar es nada menos que una obra teatral compleja y de alto riesgo. Cuando están en el escenario de lo social, los actores utilizan el microambiente en sus intentos de llegar a la realización teatral –para “sacar adelante” e “interpretar” una performance particular del yo, del sí mismo–. En el micromundo dramaturgico, mientras que el propio escenario puede parecer un contexto bastante estable para la autopresentación, los sí mismos aparecen continuamente como representaciones dinámicas, frágiles y colectivas.

#### MÁS ALLÁ DE LOS ENFOQUES FUNDAMENTALES

La segunda parte de este capítulo detalla teorías más recientes acerca de lo micro. Por supuesto, ha habido mucho trabajo valioso y provechoso teorías sobre lo micro en las décadas posteriores a la cima de los enfoques fundacionales de los años sesenta y setenta, pero no podemos cubrir todo ese terreno. Como resulta muy difícil no ser enciclopédicos, organizamos las contribuciones para centrarnos en un puñado de ejemplares interesantes. Al igual que en la sección anterior, para explorar el panorama de las teorías divergentes observamos los conceptos clave que organizan dicha variación y el trabajo que estos realizan en el avance de nuestra comprensión y conocimiento del mundo microsocioal, en especial con respecto a cómo se logra el orden social. En todos los programas contemporáneos encontramos una extensión y recombinación de ideas que originalmente formaban parte de distintos programas. En algunos casos, esos encuentros se han cristalizado en nuevos programas propios (la etnografía institucional, las cadenas de rituales de interacción, los mundos sociales, la sociología de grupo y los estudios de laboratorio). En otros casos, ha surgido una nueva “ciencia normal” de lo micro en la que las percepciones de la sociología dramaturgica e interactiva producen descripciones convincentes del mundo social.

#### AMPLIAR EL INTERACCIONISMO SIMBÓLICO

¿Cómo te conviertes en un cliente habitual o un simple cliente? ¿Qué tipo de actividades coordinan nuestra experiencia del bar para que fluya a la perfección? ¿Cuáles son las muchas pequeñas tareas colectivas que hacen de trasfondo para que el cantinero pueda ser el artista estrella? ¿Y cuánto

se ve limitada la gama de acción de uno al comprometerse a ser un cliente habitual de un bar? Sobre la base del trabajo etnográfico pionero de Everett Hughes (1984), Howard Becker (1982; Becker y otros, 1961) ha hecho hincapié en ciertos aspectos en los que los diversos mundos sociales –las artes, las escuelas de medicina, las subculturas de la droga– son comparables: los procesos de socialización e iniciación, las ceremonias que generan pertenencia y los mecanismos que establecen las fronteras entre disciplinas que comparten códigos similares. Una de las desviaciones clave de las versiones más tradicionales del interaccionismo simbólico propuestas por Becker es el énfasis en cómo el ciclo vital restringe cada vez más la creatividad de la acción social. Si bien aprender a pedir y disfrutar un Manhattan es un asunto que no se puede predecir según el trasfondo social, sucede cuando uno se convierte en miembro de un grupo social, y conceptos como “compromiso” o “cultura latente” muestran hasta qué punto un adulto socializado en determinado mundo adquiere recursos y normas que condicionan su motivación y sus posibilidades de actuar.

El concepto de mundo se entrelaza con la idea de las normas. Por ejemplo, en su trabajo sobre los mundos del arte, Becker describe redes complejas de cooperación (que no siempre son horizontales). El concepto de mundo del arte le permitió mostrar que los objetos culturales se producen de forma colectiva, con el fin de iluminar la división del trabajo que implica, y que las normas son fundamentales para hacer que estos productos sean menos costosos y más eficaces. En un giro paradójico hacia el énfasis en las normas –que aparece en la metáfora del jazz como una actividad concertada y colaborativa (presentada en la década de 1950 en *Outsiders. Hacia una sociología de la desviación* y luego revisada en 2009 y 2013)–, Becker ve la posibilidad de hallar líneas creativas de acción en la interacción cooperativa en la que tanto las tradiciones como los recursos limitan el comportamiento. Además, su último trabajo con Rob Faulkner (Faulkner y Becker, 2009) incorpora lecciones del mundo de los estudios de laboratorio (véase más adelante) para mostrar cómo se ensambla el repertorio estándar de jazz. Aquí, revela que no gracias a la laboriosa introyección de  $x$  cantidad de temas y melodías, sino a la improvisación conjunta basada en la progresión armónica de la música se transmiten y producen conocimientos en el proceso de hacer música.

Si Becker hace hincapié en los mundos y las normas, algunos académicos que siguen el trabajo de Anselm Strauss<sup>3</sup> (1978) sostienen que no alcanza

<sup>3</sup> Anselm Strauss estudió con Blumer y Hughes en Chicago (donde también trabajó como profesor auxiliar, y con Goffman y Becker constituyó la llamada

con las situaciones y que, por el contrario, necesitamos centrarnos en los grupos y en la manera en que consolidan tanto al individuo como a la sociedad. El principal defensor de este punto de vista (que impregna gran parte del trabajo empírico menos interesado en proporcionar al lector una caja de herramientas teóricas extendida) es Gary Fine (1983, 1987, 1996, 1998, 2010), quien abstraigo y formalizó una teoría acerca de cómo operan los grupos y cómo estos también constituyen la sociedad, a través de la intersección de múltiples órdenes localizados de interacción, que denomina "públicos diminutos" (Fine, 2010, 2012; véase también Fine y Harrington, 2004). Para él, hacer foco sobre las situaciones no es suficiente, ya que estas ignoran la historia sedimentada y la comprensión colectiva de la acción más allá del contexto inmediato.

Fine centra su explicación en las idioculturas, ya que considera que la cultura local sedimenta las interacciones pasadas y proporciona la base para las interacciones futuras. La clave es el análisis de cómo la interacción es una ocurrencia continua de la cual se puede derivar el significado. En lo que denomina "miniaturismo sociológico", estudia los mecanismos a través de los cuales se constituyen, delimitan y segmentan los grupos. En su trabajo empírico, analiza las idioculturas, el trabajo fronterizo, las ceremonias de inclusión y exclusión, las divisiones establecidas resultantes y el diálogo local que sirve como contexto a nivel meso para horizontes de acción autorreferenciales. Lo local es el lugar donde se aprende y se despliega la cultura, y lo que hace posible el reconocimiento compartido entre los participantes. Incluso en grupos improvisados, los participantes dependen de las idioculturas como hoja de ruta para actuar en un contexto local, con el objetivo de comprender las expectativas estables y reconstruir y restaurar la experiencia compartida que –para él– hace posible la acción.<sup>4</sup>

"segunda escuela de Chicago"). Contribuyó al interaccionismo simbólico con la acuñación de conceptos como la acción rutinaria, el orden negociado y el mundo social. También fue innovador en métodos de investigación, como uno de los defensores de la teoría fundamentada y en su campo, la sociología médica. Más tarde se convirtió en profesor en la Universidad de California, en San Francisco, donde capacitó a estudiosas como Susan Leigh Star, Kathy Charmaz y Adele Clarke.

4 Más recientemente, Nina Eliasoph y Paul Lichterman (2003) han profundizado la noción de estilo de grupo para explicar cómo diferentes grupos filtran, interpretan de distinta manera y ponen en uso las estructuras culturales.

#### HACER ETNOGRAFÍA DE GÉNERO E INSTITUCIONAL

A partir de la década de 1980, algunas sociólogas feministas prominentes desarrollaron enfoques teóricos y metodológicos que moldearon profundamente la manera en que los sociólogos pensaban no solo sobre el género sino también sobre el microorden.<sup>5</sup> Podría decirse que las dos perspectivas más influyentes aquí son la de Candace West y Dorothy Smith.

Junto con Zimmerman (1987), West criticó los enfoques más difundidos que conceptualizaban y ponían en práctica el género como una variable estática, un rol social o un atributo individual. En cambio, ampliando las ideas etnometodológicas, West y Zimmerman argumentaron que el género es el resultado de lo que las personas hacen en todas las interacciones cotidianas; en otras palabras, los actores sociales "hacen el género" como un logro continuo organizado socialmente. Para decirlo en términos más sencillos, el género no es algo que uno *es* como individuo, sino algo que uno *hace* con los demás. "Hacer género" está en relación con el trabajo microinteractivo continuo que (re)crea constantemente diferencias entre las categorías de hombres y mujeres, niños y niñas.

Por ejemplo, podríamos examinar una serie de características de la interacción bastante estereotipada de "invitar un trago" y cómo estas características de inmediato convocan y ayudan a recrear distinciones entre los hombres y las mujeres. Al invitar ese trago, el cliente ostensiblemente masculino representa un guion heteronormativo de género en el que los hombres más poderosos en términos económicos compran y regalan bienes de consumo a mujeres agradecidas a cambio de halagos sociales, según un código de cortesía, y la posibilidad de un encuentro romántico o sexual. Al pedir el trago, el cliente también hace distinciones entre los géneros. En la microsociología occidental, el género se refiere precisamente a la participación de las personas en este tipo de actividades

5 Para subrayar aún más las afinidades electivas entre las microtradiciones y los estudios sobre la producción de género, cabe mencionar que muchas académicas del género y la sexualidad que se han ramificado en otros subcampos dentro de la sociología –a veces incluso estableciendo escuelas separadas, como la etnografía institucional– han comenzado sus exploraciones sociológicas como etnógrafas formadas por practicantes de las microtradiciones. Por ejemplo, Patricia Clough estudió con Norman Denzin; Marjorie DeVault, con Howard Becker, y Sherry Kleinman, con Gary Fine. De fecha más reciente, podríamos incluir aquí la obra de Victoria Pitts Taylor, que trabajó bajo la dirección de Stefan Timmermans (que, a su vez, fue dirigida por Susan Leigh Star).

continuas situadas a la luz de las expectativas normativas sobre lo que es "apropiado" o "inapropiado" en términos de ser hombre o mujer.<sup>6</sup>

Más o menos al mismo tiempo que West, inspirado en la etnometodología, desarrollaba su enfoque del análisis de género a nivel microeconómico, Dorothy Smith (1987) daba forma a su crítica de las prácticas de género en la producción de conocimiento sociológico, con el argumento de que las experiencias de los hombres se tomaban como el punto de partida implícito de la teoría y la investigación científica social. De esta crítica surgió un enfoque teórico y metodológico completamente desarrollado que Smith llamó "etnografía institucional" (Smith, 1987, 2005; véase también DeVault, 1999), en la que combinó la preocupación de la fenomenología en relación con la experiencia vivida y la perspectiva de la etnometodología sobre lo social como coordinación continua de las actividades de las personas con un enfoque marxista sobre las dinámicas de poder y las relaciones sociales extralocales. Como método, la etnografía institucional comienza con las experiencias vividas por los individuos localizados y luego busca descubrir cómo la coordinación local y extralocal de las actividades de estos individuos moldea dichas experiencias.

Para retomar el bar, Smith y otros etnógrafos institucionales podrían mirar primero cómo cambia la experiencia vivida allí si comenzamos la escena con "un tipo" o bien con "una mujer" que entra en un bar. Por ejemplo, si esa persona es una mujer, los aspectos de la experiencia del bar desafortunadamente incluirán consideraciones de seguridad que no estarían presentes para un cliente masculino. En nuestra sociedad contemporánea, a las mujeres se les enseña —y no sin razón— a estar alerta todo el tiempo respecto de lo que beben y en general de su conducta de consumo de bebidas alcohólicas, por temor de que alguien intente abusar sexualmente de ellas mientras están ebrias (o incluso, deslizar en sus tragos drogas incapacitantes sin que ellas lo noten). La escena del bar, como muchos espacios sociales, está llena de peligros potenciales para las mujeres que no existen para los hombres.

A continuación, un etnógrafo institucional analizaría las interacciones locales y extralocales y las actividades que estructuran la experiencia del bar desde una perspectiva de género.<sup>7</sup> A escala local, un profesional de la etnografía institucional podría examinar la forma en que las actividades

y las políticas del propio bar contribuyen con la posibilidad de violencia y depredación sexuales o la disminuyen. ¿Se alienta y capacita a los empleadores de los bares para que identifiquen e intervengan en los casos de insinuaciones sexuales no deseadas?<sup>8</sup> ¿Y para que busquen posibles drogas para la "violación en cita" como el rohypnol?

Entonces, un etnógrafo institucional también intentaría trazar un mapa de las maneras en que estas actividades están conectadas y afectadas por los arreglos institucionales que ocurren fuera del bar. Por ejemplo, ¿cómo llegó a suceder que el problema de la agresión sexual al beber alcohol se definiera principalmente como propio de la mujer que, en gran medida, lo ha internalizado como tal? ¿Por qué, por ejemplo, no se ha centrado el problema en los perpetradores masculinos o en la industria de la venta de alcohol y la publicidad? Para responder estas preguntas hay que extender el análisis microinteraccional a lo que en general consideramos territorio del nivel "macro" o "meso", ya que el etnógrafo institucional rastrea cómo el trabajo de los medios de comunicación, las empresas y las instituciones políticas ha estructurado de manera efectiva el espacio de género del bar. Por lo tanto, la etnografía institucional no solo proporciona una convincente crítica de género de los enfoques sociológicos sobre el microorden, sino que también genera una perspectiva que intenta crear vínculos metodológicos y teóricos entre los microdominios, los mesodominios e incluso los macrodominios.

#### LAS CADENAS DE RITUALES DE INTERACCIÓN

A partir de una de las afirmaciones clave de Goffman, Randall Collins siguió otro itinerario: lo que importa a la hora de explicar la acción social no son "*los hombres y sus momentos*". Más bien *los momentos y sus hombres*" (Goffman, 1967: 3). Mediante una ampliación de la idea del ritual de la interacción del libro homónimo de Goffman de 1967, Collins hace de las cadenas de rituales de interacción el centro de su proyecto intelectual. El autor comenzó con su artículo de 1981, en el que subrayaba el carácter constitutivo de las microsituaciones en la organización de los macroórdenes; lo desarrolló en su trabajo sobre la sociología de la filosofía (Collins, 1998), en el que enfatizaba el carácter colaborativo de la producción intelectual, centrándose en dos presiones organizativas es-

6 En un estudio posterior en colaboración con Fenstermaker (West y Fenstermaker, 1995), amplió esta perspectiva para incluir las distinciones raciales, sexuales y de clase, a la que se refirieron como "hacer la diferencia".

7 Por ejemplo, si se trata de un bar corporativo con franquicias, ¿existe un manual o libro de texto de procedimientos? ¿Dice algo sobre cómo se debe

atender a los clientes, cómo deben vestirse los camareros y camareras y cómo saludar a los clientes?

8 Véase, por ejemplo, el proyecto Safe Bars, <[www.collectiveactiondc.org/programs/safe-bars](http://www.collectiveactiondc.org/programs/safe-bars)>.

pecíficas –por un lado, la relación afectiva entre el tutor y el discípulo, y por otro, el pequeño espacio de atención disponible para las “grandes” ideas intelectuales y la competencia que produce para las posiciones, el estatus y los recursos–; y culminó con la producción de un relato sistemático del concepto en su libro del mismo título (Collins, 2004), que se enfoca en cómo los momentos de solidaridad y el éxito de la “agrupalidad” son el resultado de eventos a través de los cuales los participantes sintonizan entre sí, lo que les permite abstraerse de cualquier distracción externa. Al integrar la interacción dentro de las coordenadas teóricas de la sociología de Durkheim, que hace hincapié en la centralidad de los rituales que producen efervescencia, Collins hace de la energía emocional, y de su carácter escaso o restringido, el factor motivador en las líneas de acción que persiguen los agentes, que pasan de una situación a otra. Los rituales convocan la participación de individuos que buscan la resonancia emocional con otros, mientras que los rituales fallidos les quitan energía emocional.

Un ritual de la interacción incluye la copresencia física, un foco mutuo de atención entre los participantes, la exclusión de eventos externos y una cualidad emocional compartida resultante. El modelo de una situación interactiva se construye alrededor de dos dimensiones:

1. si el enfoque mutuo de atención en efecto sucede; y
2. el grado de sincronía emocional que construye entre los participantes. Cuando el ritual de la interacción tiene éxito, la energía emocional se intensifica y los individuos que participan son absorbidos por el objeto (o símbolo) en común.

Además, la experiencia ocurre tanto a nivel externo como interno, por lo que genera algo parecido a lo que Durkheim (1965 [1912]) denominó “efervescencia colectiva”. Collins afirma que el objetivo de los individuos es imbuir los lazos rutinarios de energía emocional, y que incluso en el nivel del individuo, las conversaciones se internalizan (Collins, 2007) de tal manera que hasta las actividades que se realizan a solas –por ejemplo, fumar un cigarrillo, escuchar solos un disco de ópera (Benzecry y Collins, 2014)– son internalizaciones del flujo de la situación, ya que el sí mismo individual se construye desde fuera hacia dentro.

A partir de la exploración de Collins (2004: cap. 8) acerca del ritual y los antirrituales de fumar, podríamos imaginar que beber en un bar sería “presentado como caso” según tres características particulares:

1. cómo los rituales que permiten a las personas tener sus cuerpos entrelazados con una experiencia social construyen una retroalimentación de sincronía mutua entre las dos experiencias;
2. los ritmos logrados en el entrelazamiento de los cuerpos en la experiencia; y
3. si la ingesta está permitida o prohibida públicamente, explorando los límites construidos alrededor del ritual mismo.

Entre aquellos que han seguido esta corriente de la teoría de Goffman, hay dos libros que vale la pena mencionar por la forma en que han refinado y ampliado dos de sus principios clave:

1. los ritmos de la vida social; y
2. el carácter emocional/colaborativo de la producción de conocimiento.

Erika Summers-Effler (2010) ha enfatizado que la clave para explicar la resistencia de los movimientos sociales (y de los grupos en general) es observar la forma en que las emociones impulsan los movimientos, incluso en situaciones en las que el grupo lucha por lograr lo que quiso primero. Los grupos no se manifiestan como entidades estables, sino como “flujos” multiestables que dependen de la velocidad, el ritmo y la inversión emocional constante. Su enfoque en el derrumbe, la recuperación y el ajuste se asemeja al interés de Farrell (2001) en el carácter secuencial de la colaboración intelectual, que se produce lejos de los tutores poderosos. Enfocado en cómo los círculos colaborativos también se construyen a través de las dinámicas emocionales –aunque aquí, en lugar de competir por el espacio de la atención dedicada del tutor como en Collins (1998), el factor motivador reside en las imágenes de espejo del sí mismo y el otro construidas por la intimidad que promueven las diadas–, el autor proporciona un poderoso modelo en que las emociones y el ritmo sostienen la agrupación en el tiempo.

#### LOS ESTUDIOS DE LABORATORIO:

##### ¿CÓMO INTERACTUAMOS CON LOS NO HUMANOS?

Hay dos tradiciones en los estudios de laboratorio, y ambas implican el estudio de la actividad de trabajo. Sin embargo, en dichas tradiciones la definición inicial de “funcionamiento” difiere considerablemente una de la otra. Para autores como Lynch (1985, 1993) y Pollner (1987), que siguen postu-

lados etnometodológicos sobre el conocimiento (Garfinkel, 1967: cap. 8), el funcionamiento trata sobre el estudio de los métodos cotidianos con los cuales las personas resuelven sus asuntos prácticos y, al hacerlo, constituyen escenas e interacción. La investigación de Lynch amplió esta concepción al mostrar la producción cotidiana, día a día, de métodos científicos. Cabe mencionar aquí dos principios metodológicos: en primer lugar, lo que Garfinkel llamó "indiferencia etnometodológica", o la idea de que no hay nada *a priori* por debajo de la práctica innata; y en segundo lugar, lo que Garfinkel y Lynch llaman el "qué faltante" en los estudios de las profesiones, motivo de crítica contra los académicos y su foco excesivo en el contexto y los factores institucionales en torno a la práctica, lo cual impide exponer cómo los actores se las arreglan para hacer ciencia juntos, cómo establecen pragmáticamente lo que resulta suficiente, apropiado y preciso. A diferencia de los estudios científicos centrados en los discursos y la inscripción de actividades en signos (Latour, 1987; Latour y Woolgar, 1979), Lynch (1993) quería explicitar la brecha entre las explicaciones formales burocráticas e institucionales y la explicabilidad natural del mundo de la vida. En lugar de programas paso a paso, se centró en la coordinación temporal de tareas y proyectos y en cómo se extraen los hechos científicos del mundo de la vida del laboratorio. Su enfoque, en el que el investigador tiene que dominar la disciplina (científica o no) para operar dentro del sistema de competencias de lo que quiere estudiar, tiene dos consecuencias paradójicas: una es rescatar la especificidad de lo que se está produciendo para mostrar cómo se constituyen las categorías durante los encuentros —en el caso del laboratorio, la producción de hechos científicos como resultados—; y la otra es subsumir lo que se está haciendo en una competencia "vulgar" como hablar.

Los académicos que siguen la obra de Everett Hughes y están bajo la guía de Anselm Strauss también enfatizan que las teorías y los datos son una forma de comportamiento colectivo, pero lo hacen centrándose en los factores contextuales que dan forma al trabajo científico. En este enfoque queda implícita la ecuación entre ese trabajo y el conocimiento, por lo que académicos como Susan Leigh Star (1985) han demostrado en qué grado se explica mejor la evolución de las teorías al detallar las condiciones bajo las cuales se produce dicho trabajo —por ejemplo, las carreras científicas, las luchas por los recursos, el impacto de la tecnología en la difusión de los hallazgos, así como la división del trabajo dentro del propio proceso científico—. Según Strauss (1978), su trabajo se centra en los científicos como un grupo con compromisos compartidos que necesita manejar la constante complejidad e incertidumbre del lugar de trabajo.

Además de destacar el trabajo de colaboración y las ecologías de la acción mediante las cuales las personas con diferentes definiciones de

la situación se reúnen para funcionar en común (Star, 1995), los académicos de esta tradición (Henderson, 1991; Star y Griesemer, 1989) también han invocado el papel de la materialidad, más precisamente lo que llamaron "objetos fronterizos", para explicar la comunicación entre múltiples comunidades. Estos tipos de objetos sirven como puntos de referencia que permiten el traslado del objeto común en lógicas múltiples. Estos objetos son centrales en la producción de lo que los académicos han denominado "cognición distribuida", porque los materiales se mantienen flexibles para el uso grupal y capturan diversas formas de conocimiento no verbal; por lo tanto, los objetos fronterizos son suficientemente elásticos para adaptarse a las necesidades y limitaciones locales de las diversas partes que los emplean, pero suficientemente robustos para mantener una identidad común en todos los sitios.

Combinando estas tradiciones con argumentos constructivistas sobre la ciencia y la producción de datos, Karin Knorr-Cetina desarrolló la exploración de la maquinaria en torno al modo en que se ensambla el conocimiento. En su trabajo anterior (Knorr-Cetina, 1981), había hecho foco en el laboratorio como un lugar particular en el que los instrumentos y dispositivos son fundamentales para la producción de conocimiento a la manera de un taller. En su segundo libro (Knorr-Cetina, 1999), amplió la escala de su investigación a lo que llamó "cultura epistémica", y así demostró que las herramientas, los dispositivos y las experimentaciones se construyen en un contexto local que produce conexión y agrupación entre las diversas partes del laboratorio (sujetos, instrumentos, señales, experimentos, etc.). También amplió el mundo de la vida del laboratorio, al seguir el tráfico de objetos a través de múltiples laboratorios que tienen existencia real y actúan como locaciones. Al mostrar la rica textura entrelazada entre el medio ambiente y la cultura, entre la organización espacial y la producción retórica de datos, explica la variación del proceso de producción de conocimiento a través de diferentes disciplinas científicas, y afirma la función de los laboratorios en la "inculturación" de los objetos naturales y en la producción de personas como sujetos epistémicos particulares.

Lo que interesa aún más para el argumento que pretendemos desarrollar aquí es su trabajo más reciente sobre los mercados financieros (Knorr-Cetina, 2009; Knorr-Cetina y Bruegger, 2002; Knorr-Cetina y Preda, 2007), en el que hace hincapié en el carácter virtualmente mediado de la materialización y la interacción en la vida moderna. Allí, primero elaboró el concepto de "microestructura global", que señala cómo un orden de la interacción mediada se ha convertido en parte integrante de los procesos de alcance global, cómo los actores aun en lugares alejados

orientan sus acciones unos a otros, y presta especial atención al trabajo de coordinación temporal necesario para hacer que los mercados financieros funcionen a la perfección. La autora tomó prestado de Schutz y Luckmann (1973) el concepto de presentación para destacar que las pantallas participan en acercar lo que está alejado geográficamente de los participantes. Más tarde, formalizó su trabajo más allá de los mercados financieros y lo llevó a otros tipos de interacción; denominó “situación sintética” a esos encuentros en los que un entorno se ve aumentado por componentes escópicos. Si jugamos un poco más con el ejemplo del bar, podemos imaginar cómo las personas interactúan con las pantallas, al ver deportes en tiempo real mientras hablan con los amigos que tienen al lado, o cuando revisan los celulares, visitan Tinder en busca de citas, consultan Facebook e Instagram para ver actualizaciones en tiempo real sobre lo que sus amigos están haciendo o charlan cara a cara por Skype o Facetime. Además, podemos prever investigaciones que incluyan la reorganización de los mercados de citas debido a la disrupción de la tecnología, ya que los individuos cruzan información de las múltiples bases de datos de las personas que tienen enfrente.<sup>9</sup>

### ¿UNA NUEVA “CIENCIA NORMAL” DE LO MICRO?

Además de estos enfoques innovadores y programáticos, ha surgido algo parecido a una nueva “ciencia normal” de lo micro. Esta combina las técnicas de gestión de impresiones de Goffman, la atención al contexto situacional del interaccionismo simbólico y la presuposición de las categorías de experiencia de la fenomenología y la etnometodología. Los autores se preocupan por el trabajo de la cara, los mundos, las negociaciones y las situaciones. Este enfoque, a pesar de no ser explícitamente teórico, ha reorganizado el significado de la microsociología y ha sido utilizado en la investigación etnográfica para observar la coexistencia de códigos de moralidad urbana (Anderson, 1990; Duneier, 1992, 1999; Horowitz, 1983); la relación entre los seres humanos y los animales (Jerolmack, 2013; Sanders, 1999); los engaños entre músicos de blues y bailarinas exóticas (Grazian, 2003, 2004; Pasko, 2002); las carreras de

artistas semiprofesionales de hip hop, guías de turismo y aficionados a la ópera (Benzecry, 2009; Lee, 2009; Wynn, 2011); y la sexualidad y el género como logros colectivos (Grazian, 2007), entre muchos otros temas.

Si las intersecciones que acabamos de presentar como programas se fusionaron de manera distintiva, también hay otras intersecciones originales que aún no han producido escuelas, pero de todos modos vale la pena mencionar porque proporcionan nuevas direcciones para entender lo que significa conceptualizar el mundo tal como está constituido por fenómenos en la microescala. La primera es la intersección entre la fenomenología y el interaccionismo simbólico que se puede encontrar en la obra de Jack Katz; la segunda es la unión de la sociología cognitiva, la teoría de Simmel y el análisis del marco de Goffman que se encuentra en la obra de Eviatar Zerubavel y sus discípulos; y la tercera, el renovado interés en la fenomenología y el pragmatismo, y su unión en la “sociología del futuro”. Estas dos últimas no son tanto “teorías de lo micro” en el sentido estricto como teorías de (inter)acción y agencia que toman en serio lo micro.

Curiosamente, y a pesar de su deuda primordial con la fenomenología y el interaccionismo simbólico, se puede pensar que el trabajo de Jack Katz (1988, 1999, 2002) apunta a investigar también uno de los intereses clave de Goffman (1969): dónde está la acción. Por ejemplo, en su libro *Seductions of Crime*, Katz (1988) aboga por un desplazamiento de las condiciones de fondo a los factores visibles para entender por qué la gente comete delitos. Anima a otros sociólogos a seguir su estrategia de investigación y a no pensar en las condiciones de fondo que harían de alguien un delincuente, sino qué aspecto de las características notorias de la práctica o del objeto seducen en sí mismos (en el caso del delito, su asociación con el riesgo, el peligro, lo prohibido, etc.). El resultado de esta estrategia es entender qué es moral y sensualmente atractivo de una práctica tanto como de qué forma la práctica es constitutiva de la persona que participa en ella. En sus últimas exploraciones sobre el modo en que los individuos estructuran la narración de sus emociones, Katz combina tres tradiciones: el interaccionismo simbólico de Mead, la atención a las estructuras fenomenológicas de Schutz y el cuidado del cuerpo de Merleau-Ponty. En su compleja explicación de la emoción como una acción reflexiva, establece una estructura de tres puntas en la que, en primer lugar, hay que mirar cómo la acción se constituye en interacción, ya sea en colaboración directa con otros o al anticipar el significado que otros puedan inferir de ella; en segundo lugar, cómo esa acción podría ser parte de un proyecto o de un curso de acción práctico, independiente de la copresencia en tiempo real; y en tercer lugar, cómo los procesos corpóreos producen conciencia y acción. Al observar los elementos esté-

<sup>9</sup> En fecha más reciente, Campos-Castillo y Hitlin (2013) han reconceptualizado la copresencia como un grado de sincronía en el que se tienen en cuenta actividades mediadas tecnológicamente, imaginarias y parasociales (por ejemplo, mirar televisión).

ticos y transformadores de los sentimientos, Katz otorga preponderancia al investigador como alguien que puede estudiar los procesos corpóreos más allá de la conciencia directa del propio actor, y así hace que lo invisible sea visible (algo que desarrollaremos más adelante en el capítulo).

Hay un aspecto de la sociología de Goffman que ha sido menos central en la microsociología, pese a su utilidad dentro de otros marcos:<sup>10</sup> la idea del marco.<sup>11</sup> El trabajo de Eviatar Zerubavel (1997, 2007 y 2015, entre varios otros) y sus discípulos (principalmente Wayne Brekhus, Asia Friedman y Tom DeGloma) ha intentado explorar cómo hacemos que la experiencia sensorial sea perceptible al convertirla en símbolos y categorías significativas (por ejemplo, calendarios, mapas, árboles, censos). La afirmación clave de esta corriente teórica es que mientras el mundo sea continuo, lo percibimos discretamente, y el principal enfoque resultante ha sido el estudio de los mecanismos de “filtrado” con los cuales se agrupa o divide la realidad, se la marca o desmarca, se la pone en primer o segundo plano, o se la acota de tal manera que se la presupone (Brekhus, 1998). Al enfoque en la cognición y las características básicas de la percepción social (en el bar los seguidores de Zerubavel probablemente preguntarían: ¿por qué la gente cree que el vino es más parecido a la cerveza, y el jugo de naranja al jugo de uva?), este grupo agrega un llamado *simmeliano* a generalizar las conclusiones sobre los patrones sociales; así, mientras que Brekhus (2003) estudia la identidad gay, sus conclusiones sobre cómo la densidad y la duración organizan el sí mismo como una gramática en la que a veces la autoidentificación de alguien es un sustantivo, otras, un verbo (e incluso otras veces, un adjetivo) deberían poder trasponerse a través de distintos contextos a otras situaciones. Lo mismo ocurre con la descripción de Friedman (2012, 2013) de la atribución de sexo y raza como un proceso de reducción en el que el enfoque real estriba en que para los ciegos su propia falta de visión hace que la atribución de la diferencia tenga una temporalidad distinta, lo cual completa los modelos de cognición automática que funcionan a través de las categorías que damos por sentadas (negro/blanco, femenino/masculino).

Un tercer grupo de académicos ha extendido el enfoque de Schutz a la temporalidad para hacer hincapié en que las deliberaciones de los actores sociales sobre el futuro dan forma a los eventos tanto en la microescala como en la macroescala, una perspectiva emergente que podríamos denominar “la sociología del futuro”. Por ejemplo, en su análisis de la crisis de los misiles en Cuba, David Gibson (2012) ha defendido el papel de la microcontingencia y de la toma de decisiones orientada hacia el futuro, incluso para eventos de escala e importancia geopolítica. Mediante la unión del enfoque de Schutz con el análisis de la conversación, el libro explora de qué manera deliberar sobre el futuro en un micronivel tiene un papel en las líneas de acción de los actores al tomar decisiones sobre eventos políticos en el nivel macro, y la relación entre los factores ambientales, la temporalidad, los turnos de habla, y las reglas y procedimientos conversacionales al producir tales decisiones. En su estudio de los jóvenes activistas brasileños, Ann Mische (2001; véase también 2008) explora cómo los jóvenes líderes vinculan los proyectos personales con los de las colectividades más grandes, lo cual agrega una dimensión temporal a las microdinámicas y mesodinámicas de la acción política. Más recientemente, Mische (2009) delinea una serie de dimensiones —como la profundidad, la amplitud, la claridad, etc.— a través de las cuales se pueden examinar con perspectiva sociológica los futuros proyectados de los actores. Tavory y Eliasoph (2013) teorizan que el futuro no solo estructura la acción individual, sino también la interacción colectiva, y desarrollan un esquema conceptual centrado en que los actores deben coordinar las relaciones entre los diferentes niveles de anticipación —desde las fugaces protenciones que estructuran la interacción momento a momento hasta los panoramas temporales a gran escala (como las cuadrículas del calendario y la hora del reloj)— para dar sentido a la acción de forma colectiva. Tavory y Winchester (2012) teorizan las “carreras experienciales” de las implicaciones prácticas de los actores sociales, al examinar el modo en que las experiencias personalmente significativas (por ejemplo, las religiosas, las estéticas, las románticas, las intelectuales) asociadas con esas prácticas se rutinizan y desrutinizan de maneras modeladas socialmente, y combina una perspectiva interactiva de “carrera” con la fenomenología del cuerpo.

10 Después del trabajo de Snow y Benford (1988), el análisis del marco se ha convertido en una de las teorías centrales en la investigación de los movimientos sociales.

11 En la última etapa de su carrera, Goffman (1974) marcó aún más diferencias entre el carácter precario de la estructuración de la vida social y el sentido subjetivo de la realidad como frágil y contingente. Además, planteó el mundo como estructurado objetivamente, con las reglas de los marcos estructuradas casi como una lengua, amalgamando los diferentes componentes de una actividad.

## ¿CÓMO SABEMOS LO QUE SABEMOS?

¿Cómo ayudan los tipos de microsociología a los sociólogos a responder las preguntas sobre el conocimiento? Dado que en este conjunto de tradiciones las cuestiones teóricas están profundamente entrelazadas con

las consideraciones metodológicas, también examinaremos las conceptualizaciones que han estado en el centro de los debates sobre el método etnográfico. Exponentes de la “teoría fundamentada” (*grounded theory*) e inductores y abductores analíticos (Becker, 1998; Blumer, 1969; Glaser y Strauss, 1967; Katz, 2001; Tavory y Timmermans, 2009) han aportado un enfoque abierto para analizar la relación entre la teoría y los datos, al desarrollar conceptos sensibilizadores y empujarnos a interrogar acerca de cuál es la mejor pregunta que realmente pueden responder los datos (Becker, 1998).

El enfoque de la “teoría fundamentada” desarrollado por Glaser y Strauss (1967; véase también Charmaz, 2006) esboza un método en esencia inductivo en el que el sociólogo descarta los marcos teóricos preexistentes y comienza solo con los datos. La teoría no es el punto de partida, sino el resultado final de un proceso de construcción de conceptos y marcos teóricos en el que se suma o se sustrae de los datos. Pese a que aún en nuestros días la teoría fundamentada es el marco más ampliamente citado para la construcción de teorías entre los microsociólogos, algunas de sus afirmaciones epistemológicas también son controvertidas. En especial, los sociólogos han criticado las nociones de que el investigador puede fácilmente dejar atrás las suposiciones teóricas y que las observaciones empíricas pueden ocurrir de una forma “cruda”, por completo ajena a toda creencia preexistente sobre el carácter de esa realidad. Sobre la base del trabajo del filósofo pragmático Charles Peirce, Timmermans y Tavory (2012; Tavory y Timmermans, 2009) recientemente desarrollaron una propuesta alternativa que privilegia un enfoque “abductivo” –en oposición a uno “inductivo”– de la relación entre los datos y la teoría. En lugar de abordar los datos desde la postura de ateos teóricos, Timmermans y Tavory sostienen que los sociólogos deberían ser agnósticos teóricos bien informados, equipados con el conocimiento de diversos marcos explicativos que podrían encajar potencialmente con los datos en cuestión. Entonces, el analista abductivo razona en forma analógica desde los datos hacia los marcos, en busca de resultados inesperados o sorprendentes que contrasten o contradigan las teorías existentes. Es importante destacar que la búsqueda de contradicciones interesantes entre las teorías y los datos requiere un profundo conocimiento –y no una desfamiliarización– de una serie de marcos teóricos.

Si bien la inducción analítica no es una lógica que pertenece de manera exclusiva al método cualitativo, desde su inicio ha estado asociada de manera estrecha con el interaccionismo simbólico. A diferencia de la causalidad construida a partir de muestras aleatorias, acumular casos

confirmados no tiene valor metodológico; la inferencia causal se construye a través de la retrodicción y el objetivo es especificar las condiciones individualmente necesarias y conjuntamente suficientes para entender el surgimiento de la vida social; la explicación es en realidad un intento de entender la diferencia (Katz, 2001). Los etnógrafos buscan datos multivariados para poder encontrar variaciones internas dentro del tipo de fenómenos. En cada caso, el investigador busca el tipo de datos que necesitaría para apoyar su hipótesis y luego identifica los datos disponibles necesarios para apoyar una explicación alternativa (o descartarla). La clave es dar con paciencia los pasos en falso, las luchas para establecer el objeto de estudio durante el contexto del descubrimiento, como parte de la aventura del conocimiento, casi como un paso obligatorio contra la omnisciencia teórica y al servicio de un mejor conocimiento. Esto continúa hasta que el investigador ya no puede perseguir con practicidad los casos negativos.

Parte del atractivo del método radica en que las cosas se presentan en términos narrativos (Katz, 2002), trabajando con los procesos que configuran la vida social para dar explicaciones al respecto. Las descripciones convincentes se vinculan a la explicación; a partir del *cómo* hacemos posible el *porqué* de determinado evento observado. Además, los datos se basan en el supuesto psicológico social y lógico de que cada tramo subjetivamente distintivo de la experiencia personal viene “con una coda tan larga como la vida” (Katz, 2001: 15). Su visibilización se logra precisamente en la explicación de cómo las personas adquieren los aspectos prácticos de la acción, cómo expresan cuestiones de autoconciencia y autoestima, y cuáles son las bases sensoriales de la motivación (que encajan con su interés en la manifestación corporal). Esta última permite al investigador observar los fundamentos emocionales y físicos de la motivación en la forma en que los sujetos experimentan en efecto determinadas fuerzas (que podrían ser invisibles para él o ella). Si Katz combinó el interaccionismo simbólico con la fenomenología, su discípula Maggie Kusenbach (2003) interroga cuán buenas son las entrevistas y la observación participante para capturar las estructuras del mundo de la vida. Llama a su método la “etnografía que acompaña”, y lo ubica entre la entrevista formal y la posición de participante u observador. Con él, pretende obtener el nivel pedestre de la experiencia a través de una revisión sistemática de algunas de las rutinas observadas de los participantes. Su método consiste en escuchar las narraciones de los participantes a medida que se mueven juntos por el espacio, con el fin de establecer lo que los individuos piensan de los ámbitos sociales, cómo

perciben su entorno y organizan el mundo y sus propias biografías en el respecto del espacio, proyectando así los horizontes que el sujeto carga personalmente.

#### EL MUNDO EN LA BANQUETA DE UN BAR

Este breve recorrido por los tipos de microsociología nos ha llevado por un camino algo sinuoso de perspectivas y conceptos: la gestión de impresiones, las tipificaciones, las interacciones simbólicas y las temporalidades coordinadas, entre otros. Sin embargo, cada escuela microsociológica de pensamiento, ya sea fundacional o más contemporánea, ha reunido estos conceptos para un propósito similar. La microsociología comparte el argumento de que podemos entender mejor lo más esencial del micromundo en su conjunto a través de un análisis detallado de determinadas escenas. En otras palabras, entendemos mejor cómo funciona el todo social a través de estudios detallados de sus partes. De por sí, esta breve escena —“una mujer entra en un bar”— ha servido para revelar información cada vez más detallada no solo sobre la forma en que la gente pide un trago, sino también sobre los elementos constitutivos que componen la vida social en el micronivel (por ejemplo, las temporalidades coordinadas, los rituales de la interacción, la intencionalidad corporal, etc.). Dichos conceptos son intentos de comprender cómo aquellas cosas que más damos por sentadas —todas las minucias de la vida diaria— son en realidad los resultados de logros colectivos en curso. Del potencial caos de la interacción cara a cara surgen los eventos ordenados, los compromisos interpretativos, las secuencias inteligibles de acción y el sí mismo, entre otras cosas. La microsociología tal vez se basa sobre una sociologización de lo que suele plantearse como una cuestión teológica: ¿cómo surge algo de la nada? Desde el punto de vista de la microsociología, en todos sus tipos, los actores sociales son los semidioses de lo mundano, que sacan del vacío una sustancia social significativa.

Los diversos aparatos microconceptuales también sirven como *herramientas* pragmáticas mediante las cuales los sociólogos en ejercicio pueden orientar su investigación. El problema de dar orden a la contingencia, en otras palabras, se extiende desde el micromundo hasta la investigación sobre el micromundo. En efecto, la cuarta persona implicada en nuestra escena del bar siempre es un sociólogo que se pregunta: “¿Qué diablos está pasando aquí que sea interesante en términos sociológicos?”. Las herramientas conceptuales dramatúrgicas orientan al investigador

hacia las representaciones del sí mismo; las herramientas interaccionistas simbólicas, hacia la interpretación de la situación; las herramientas etnometodológicas, hacia las prácticas explicativas ad hoc que hacen que las secuencias de acción en curso sean inteligibles; y así sucesivamente. En términos positivos, cada aparato conceptual implica que siempre se puede derivar alguna pregunta sociológica del caos de la recopilación de datos. En términos quizá menos positivos, implica que lo que se obtiene de los datos siempre deja oculto otro aspecto de lo que podría conocerse. Por ejemplo, el enfoque en la interpretación de la situación tiende a encasillar en una caja negra todos esos entendimientos tácitos y acordados mutuamente que hacen posible la diferencia interpretativa en primer lugar. A la vez, el enfoque en los etnométodos compartidos o en los inventarios de conocimiento tiende a centrarse menos en los giros creativos de la interpretación y el comportamiento simbólico. El enfoque en sí mismos como intérpretes de performances públicas opaca la dinámica más social-psicológica de la identidad. Al ordenar conceptualmente los datos desordenados derivados del micromundo, los investigadores tal vez se enfrentan a una versión sociológica del principio de incertidumbre de Heisenberg; es decir, cuanto más tratamos de examinar algo acerca de un aspecto de la microescena, menos parece que podemos saber acerca de otro aspecto.

Sin embargo, la manera de resolver el problema de lo que no se prevé ni se explica en la investigación es solo una parte del papel de la agencia dentro de estas tradiciones. A pesar de sus muchas diferencias cuando se trata de conceptualizar el yo y la acción, y la multiplicidad de nombres bajo los cuales las limitaciones, los patrones y la regularidad aparecen en esta literatura (como sedimentaciones, carreras, apuestas a ambos lados, inercia, formas rutinarias de acción, límites, mundos sociales, expectativas, etc.), uno de los principios comunes en este campo de estudios es el papel de la ironía y la contingencia; que a pesar de las múltiples determinaciones de la acción social, la variabilidad y la dependencia del contexto del comportamiento humano, las cosas siempre podrían ser de otra manera (si parafraseamos a Everett Hughes); no son inevitables. Queremos terminar este capítulo evocando esto a través de las palabras mucho más poéticas de Borges (1964: 208); imaginamos que la mayoría de los microsociólogos estaría de acuerdo con ellas: “Hemos soñado el mundo. Lo hemos soñado resistente, misterioso, visible, ubicuo en el espacio y firme en el tiempo; pero hemos consentido en su arquitectura tenues y eternos intersticios de sinrazón para saber que es falso”.

## REFERENCIAS

- Anderson, E. (1990), *Streetwise. Race, Class, and Change in an Urban Community*, Chicago, University of Chicago Press.
- Becker, H. S. (1963), *Outsiders. Studies in the Sociology of Deviance*, Nueva York, Free Press [ed. cast.: *Outsiders. Hacia una sociología de la desviación*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2014].
- (1982), *Art Worlds*, Berkeley, University of California Press [ed. cast.: *Los mundos del arte. Sociología del trabajo artístico*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 2008].
- (1998), *Tricks of the Trade. How to Think about Your Research While You're Doing It*, Chicago, University of Chicago Press [ed. cast.: *Trucos del oficio. Cómo conducir su investigación en ciencias sociales*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2009].
- Becker, H. S., B. Geer, E. C. Hughes y A. Strauss (1961), *Boys in White*, Chicago, University of Chicago Press: 149-171].
- Becker, H. S. y R. R. Faulkner (2013), *Thinking Together. An E-Mail Exchange and All That Jazz*, Los Ángeles, USC Annenberg Press [ed. cast. parcial: "Pensando juntos: la historia de un proyecto de investigación", *Apuntes de Investigación del CECYP*, XVII(25): 149-171].
- Benzecri, C. E. (2009), "Becoming a Fan. On the Seductions of Opera", *Qualitative Sociology*, 32(2): 131-151.
- Benzecri, C. E. y R. Collins (2014), "The High of Cultural Experience toward a Microsociology of Cultural Consumption", *Sociological Theory*, 32(4): 307-326.
- Blumer, H. (1969), *Symbolic Interactionism. Perspective and Method*, Berkeley, University of California Press [ed. cast.: *El interaccionismo simbólico*, Barcelona, Hora, 1982].
- Borges, J. L. (1964), "Avatars of the Tortoise", en *Labyrinths*, Nueva York, New Directions: 202-208 [ed. cast.: "Avatares de la tortuga", en revista *Sur*, 63].
- Brekhus, W. (1998), "A Sociology of the Unmarked: Redirecting Our Focus", *Sociological Theory*, 16(1): 34-51.
- (2003), *Peacocks, Chameleons, Centaurs. Gay Suburbia and the Grammar of Social Identity*, Chicago, University of Chicago Press.
- Campos-Castillo, C. y S. Hitlin (2013), "Copresence Revisiting a Building Block for Social Interaction Theories", *Sociological Theory*, 31(2): 168-192.
- Charmaz, K. (2006), *Constructing Grounded Theory. A Practical Guide through Qualitative Analysis*, Londres, Sage.
- Collins, R. (1981), "On the Microfoundations of Macrosociology", *American Journal of Sociology*, 86(5): 984-1014.
- (1998), *The Sociology of Philosophies. A Global Theory of Intellectual Change*, Cambridge, Harvard University Press [ed. cast.: *Sociología de las filosofías. Una teoría global del cambio intelectual*, Barcelona, Hacer, 2005].
- (2004), *Interaction Ritual Chains*, Princeton, Princeton University Press [ed. cast.: *Cadenas de rituales de interacción*, Barcelona, Anthropos, 2009].
- (2007), "Turning Points, Bottlenecks, and the Fallacies of Counterfactual History", *Sociological Forum*, 22(3): 247-269.
- Denzin, N. K. (1969), "Symbolic Interactionism and Ethnomethodology. A Proposed Synthesis", *American Sociological Review*, 34(6): 922-934.
- DeVault, M. (1999), *Liberating Method. Feminism and Social Research*, Filadelfia, Temple University Press.
- Duneier, M. (1992), *Slim's Table. Race, Respectability, and Masculinity*, Chicago, University of Chicago Press.
- (1999), *Sidewalk*, Nueva York, Farrar, Straus and Giroux.
- Durkheim, É. (1965 [1912]), *The Elementary Forms of the Religious Life*, Nueva York, Free Press [ed. cast.: *Las formas elementales de la vida religiosa*, Madrid, Alianza, 2014].
- Eliasoph, N. y P. Lichterman (2003), "Culture in Interaction", *American Journal of Sociology*, 108(4): 735-794.
- Farrell, M. P. (2001), *Collaborative Circles. Friendship Dynamics and Creative Work*, Chicago, University of Chicago Press.
- Faulkner, R. R. y H. S. Becker (2009), *"Do You Know...?" The Jazz Repertoire in Action*, Chicago, University of Chicago Press [ed. cast.: *El jazz en acción*, Buenos Aires, Siglo XXI].
- Fine, G. A. (1983), *Shared Fantasy. Role Playing Games as Social Worlds*, Chicago, University of Chicago Press.
- (1987), *With the Boys. Little League Baseball and Preadolescent Culture*, Chicago, University of Chicago Press.
- (1995), *A Second Chicago School? The Development of a Postwar American Sociology*, Chicago, University of Chicago Press.
- (1996), *Kitchens. The Culture of Restaurant Work*, Berkeley, University of California Press.
- (1998), *More Tales. The Culture of Mushrooming*, Cambridge, Harvard University Press.
- (2010), "The Sociology of the Local. Action and Its Publics", *Sociological Theory*, 28(4): 355-376.
- (2012), *Tiny Publics. A Theory of Group Action and Culture*, Nueva York, Russell Sage Foundation.
- Fine, G. A. y B. Harrington (2004), "Tiny Publics. Small Groups and Civil Society", *Sociological Theory*, 22(3): 341-356.
- Friedman, A. M. (2012), "Believing Not Seeing. A Blind Phenomenology of Sexed Bodies", *Symbolic Interaction*, 35(3): 284-300.
- (2013), *Blind to Sameness. Sexpectations and the Social Construction of Male and Female Bodies*, Chicago, University of Chicago Press.
- Garfinkel, H. (1967), *Studies in Ethnomethodology*, Englewood Cliffs, Prentice Hall [ed. cast.: *Estudios en etnometodología*, Barcelona, Anthropos, 2006].
- (2002), *Ethnomethodology's Program. Working Out Durkheim's Aporism*, Lanham, Rowman & Littlefield.
- Gibson, D. R. (2012), *Talk at the Brink. Deliberation and Decision during the Cuban Missile Crisis*, Princeton, Princeton University Press.
- Glaser, B. y A. Strauss (1967), *The Discovery of Grounded Theory. Strategies for Qualitative Research*, Chicago, Aldine Transaction.
- Goffman, E. (1959), *The Presentation of Self in Everyday Life*, Nueva York, Anchor [ed. cast.: *La presentación de la persona en la vida cotidiana*, Madrid, Amorrortu, 2009].

- (1967), *Interaction Ritual. Essays in Face to Face Behavior*, Chicago, Aldine Transaction [ed. cast.: *Ritual de la interacción*, Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo, 1971].
- (1969), *Where the Action Is. Three Essays*, Londres, Allen Lane.
- (1974), *Frame Analysis. An Essay on the Organization of Experience*, Londres, Harper and Row [ed. cast.: *Frame analysis. Los marcos de la experiencia*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 2006].
- Grazian, D. (2003), *Blue Chicago. The Search for Authenticity in Urban Blues Clubs*, Chicago, University of Chicago Press.
- (2004), "The Production of Popular Music as a Confidence Game. The Case of the Chicago Blues", *Qualitative Sociology*, 27(2): 137-158.
- (2007), "The Girl Hunt. Urban Nightlife and the Performance of Masculinity as Collective Activity", *Symbolic Interaction*, 30(2): 221-243.
- Gross, N. (2007), "Pragmatism, Phenomenology, and Twentieth-Century American Sociology", en C. Calhoun (comp.), *Sociology in America. A History*, Chicago, University of Chicago Press: 183-224.
- Henderson, K. (1991), "Flexible Sketches and Inflexible Data Bases. Visual Communication, Inscription Devices, and Boundary Objects in Design Engineering", *Science, Technology & Human Values*, 16(4): 448-473.
- Heritage, J. C. (1987), "Ethnomethodology", en A. Giddens y J. Turner (comps.), *Social Theory Today*, Stanford, Stanford University Press: 224-273 [ed. cast.: *La teoría social hoy*, Madrid, Alianza, 2010].
- Horowitz, R. (1983), *Honor and the American Dream. Culture and Identity in a Chicano Community*, New Brunswick, Rutgers University Press [ed. cast.: *Cultura, honor e identidad en una comunidad chicana*, Buenos Aires, Fraterna, 1986].
- Hughes, E. C. (1984), *The Sociological Eye. Selected Papers*, Nuevo Brunswick, Transaction.
- Jerolmack, C. (2013), *The Global Pigeon*, Chicago, University of Chicago Press.
- Joas, H. (1987), "Symbolic Interactionism", en A. Giddens y J. Turner (comps.), *Social Theory Today*, Stanford, Stanford University Press: 82-115 [ed. cast.: *La teoría social hoy*, Madrid, Alianza, 2010].
- Katz, J. (1988), *Seductions of Crime. Moral and Sensual Attractions in Doing Evil*, Nueva York, Basic Books.
- (1999), *How Emotions Work*, Chicago, University of Chicago Press.
- (2001), "Analytic Induction", en N. J. Smelser y P. Baltes (comps.), *International Encyclopedia of the Social and Behavioral Sciences*, Oxford, Elsevier: 480-484.
- (2002), "From How to Why on Luminous Description and Causal Inference in Ethnography (Part 2)", *Ethnography*, 3(1): 63-90.
- Katz, J. y T. J. Csordas (2003), "Phenomenological Ethnography in Sociology and Anthropology", *Ethnography*, 4(3): 275-288.
- Knorr-Cetina, K. (1981), *The Manufacture of Knowledge. An Essay on the Constructivist and Contextual Nature of Science*, Oxford, Pergamon [ed. cast.: *La fabricación del conocimiento. Un ensayo sobre el carácter constructivista y contextual de la ciencia*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 2005].
- (1999), *Epistemic Cultures. How the Sciences Make Knowledge*, Cambridge, Harvard University Press.
- (2009), "The Synthetic Situation. Interactionism for a Global World", *Symbolic Interaction*, 32(1): 61-87.
- Knorr-Cetina, K. y U. Bruegger (2002), "Traders' Engagement with Markets. A Postsocial Relationship", *Theory, Culture & Society*, 19(5-6).
- Knorr-Cetina, K. y A. Preda (2007), "The Temporalization of Financial Markets. From Network to Flow", *Theory, Culture & Society*, 24(7-8): 116-138.
- Kusenbach, M. (2003), "Street Phenomenology. The Go-Along as Ethnographic Research Tool", *Ethnography*, 4(3): 455-485.
- Latour, B. (1987), *Science in Action. How to Follow Scientists and Engineers through Society*, Cambridge, Harvard University Press [ed. cast.: *Ciencia en acción. Cómo seguir a los científicos e ingenieros a través de la sociedad*, Barcelona, Labor, 1992].
- Latour, B. y S. Woolgar (1979), *Laboratory Life. The Construction of Scientific Facts*, Princeton, Princeton University Press [ed. cast.: *La vida en el laboratorio. La construcción de los hechos científicos*, Madrid, Alianza, 1995].
- Lee, J. (2009), "Open Mic Professionalizing the Rap Career", *Ethnography*, 10(4): 475-495.
- Lynch, M. (1985), *Art and Artifact in Laboratory Science. A Study of Shop Work and Shop Talk in a Research Laboratory*, Londres, Routledge Kegan & Paul.
- (1993), *Scientific Practice and Ordinary Action. Ethnomethodology and Social Studies of Science*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Mead, G. H. (1934), *Mind, Self, and Society from the Standpoint of a Social Behaviorist*, Chicago, University of Chicago Press [ed. cast.: *Espíritu, persona y sociedad. Desde el punto de vista del conductismo social*, Barcelona, Paidós, 1999].
- Mische, A. (2001), "Juggling Multiple Futures. Personal and Collective Project-Formation among Brazilian Youth Leaders", en C. Barker, M. Lavalette y A. Johnson (comps.), *Leadership and Social Movements*, Manchester, Manchester University Press: 137-159.
- (2008), *Partisan Publics. Communication and Contention across Brazilian Youth Activist Networks*, Princeton, Princeton University Press.
- (2009), "Projects and Possibilities. Researching Futures in Action", *Sociological Forum*, 24(3): 694-704.
- Pasko, L. (2002), "Naked Power. The Practice of Stripping as a Confidence Game", *Sexualities*, 5(1): 49-66.
- Perrin, A. (2014), "Theory of, Theory and, Theory from", *Perspectives. Newsletter of the ASA Theory Section*, 36(2).
- Pollner, M. (1987), *Mundane Reason. Reality in Everyday and Sociological Discourse*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Sanders, C. (1999), *Understanding Dogs*, Filadelfia, Temple University Press.
- Schutz, A. (1967), *Phenomenology of the Social World*, Evanston, Northwestern University Press [ed. cast.: *Fenomenología del mundo social. Introducción a la sociología comprensiva*, Buenos Aires, Paidós, 1972].
- Schutz, A. y T. Luckmann (1973), *The Structures of the Life-World*, vol. 1, Evanston, Northwestern University Press.
- (1989), *The Structures of the Life-World*, vol. 2, Evanston, Northwestern University Press [ed. cast. en un vol.: *Las estructuras del mundo de la vida*, Buenos Aires, Amorrortu, 2009].

- Smith, D. (1987), *The Everyday World as Problematic. A Feminist Sociology*, Lebanon, University Press of New England.
- (2005), *Institutional Ethnography. A Sociology for People*, Walnut Creek, Alta-Mira.
- Snow, D. A. y R. D. Benford (1988), "Ideology, Frame Resonance, and Participant Mobilization", en B. Klandermans, H. Kriesi y S. Tarrow (comps.), *From Structure to Action. Comparing Social Movement Research across Cultures*, Greenwich, JAI Press: 197-217.
- Star, S. L. (1985), "Scientific Work and Uncertainty", *Social Studies of Science*, 15(3): 391-427.
- (1989), *Regions of the Mind. Brain Research and the Quest for Scientific Certainty*, Stanford, Stanford University Press.
- (comp., 1995), *Ecologies of Knowledge. Work and Politics in Science and Technology*, Albany, State University of New York Press.
- Star, S. L. y J. R. Griesemer (1989), "Institutional Ecology, 'Translations' and Boundary Objects: Amateurs and Professionals in Berkeley's Museum of Vertebrate Zoology, 1907-1939", *Social Studies of Science*, 19(3): 387-420.
- Strauss, A. L. (1978), *Negotiations. Varieties, Contexts, Processes, and Social Order*, San Francisco, Jossey-Bass.
- Sudnow, D. (1978), *Ways of the Hand. The Organization of Improvised Conduct*, Cambridge, MIT Press.
- Summers-Effler, E. (2010), *Laughing Saints and Righteous Heroes. Emotional Rhythms in Social Movement Groups*, Chicago, University of Chicago Press.
- Tavory, I. y N. Eliasoph (2013), "Coordinating Futures. Toward a Theory of Anticipation", *American Journal of Sociology*, 118(4): 908-942.
- Tavory, I. y S. Timmermans (2009), "Two Cases of Ethnography Grounded Theory and the Extended Case Method", *Ethnography*, 10(3): 243-263.
- Tavory, I. y D. Winchester (2012), "Experiential Careers. The Routinization and De-Routinization of Religious Life", *Theory and Society*, 41(4): 351-373.
- Thomas, W. I. (1923), *The Unadjusted Girl. With Cases and Standpoint for Behavior Analysis*, Nueva York, Little, Brown.
- Timmermans, S. e I. Tavory (2012), "Theory Construction in Qualitative Research From Grounded Theory to Abductive Analysis", *Sociological Theory*, 30(3): 167-186.
- West, C. y S. Fenstermaker (1995), "Doing Difference", *Gender & Society*, 9(1): 8-37.
- West, C. y D. H. Zimmerman (1987), "Doing Gender", *Gender & Society*, 1(2): 125-151.
- Wynn, J. R. (2011), *The Tour Guide. Walking and Talking New York*, Chicago, University of Chicago Press.
- Zerubavel, E. (1997), *Social Mindscapes. An Invitation to Cognitive Sociology*, Cambridge, Harvard University Press.
- (2007), *The Elephant in the Room. Silence and Denial in Everyday Life*, Nueva York, Oxford University Press.
- (2015), *Hidden in Plain Sight. The Social Structure of Irrelevance*, Nueva York, Oxford University Press.

### 3. La globalización del género

Dorit Geva

En nuestros días, el estudio de la modernidad sigue siendo el núcleo central de la sociología como disciplina, y uno de sus subcampos más dinámicos y productivos es el del género y la sexualidad, pero aún queda mucho trabajo por hacer en la elaboración de la relación entre esos tres temas. El presente capítulo sostiene que sin reconocer las cuestiones centrales de la modernidad que son medulares en las teorías sociológicas del género y la sexualidad, y sin identificar exhaustivamente de qué manera estas constituyen la modernidad, quizá estemos destinados a preguntarnos cada un par de años lo que Judith Stacey y Barrie Thorne se preguntaron en 1985: ¿por qué no hubo una revolución feminista en sociología?<sup>1</sup>

Joan Alway volvió a plantear esa cuestión una década más tarde, pero con un enfoque más específico en la revolución feminista que faltaba dentro de la teoría sociológica.<sup>2</sup> Alway (1995) sugirió que —al centrarse en la categoría de género, y no en la de modernidad— ese enfoque desestabiliza las cuestiones básicas que la teoría tradicional plantea. Sin embargo, sostengo que soslayar la reflexión sobre la modernidad no es una virtud, sino un problema. No quiero decir que la feminista deba convertirse en la principal corriente institucional de la sociología; en ese sentido, Joan Alway y muchos otros han presentado argumentos convincentes de que el mejor momento de aquella es cuando se encuentra a una distancia crítica respecto del centro disciplinario. Por mi parte, sostengo que tratar la modernidad como una caja negra den-

<sup>1</sup> Véase también Acker (1992).

<sup>2</sup> El ensayo de Ralph Miliband (1987) sobre el "análisis de clases" en *La teoría social hoy* es el único capítulo que menciona el feminismo en ese libro que marcó a una generación. En su argumento a favor de una explicación antirreduccionista de clase, el por lo demás brillantemente sutil Miliband (1987: 344) afirma que el sexismo, la violencia contra las mujeres y el racismo son "perfectamente susceptibles de análisis de clase".